

XVIII

El regreso de nuestros personajes al castillo de la Rochelandier fué alegre como un cortejo fúnebre. Gaston y Laura no osaban mirarse el uno al otro. La marquesa, por su parte, creíase juguete de una terrible pesadilla; pero la presencia de M. Levrault, el cual iba sentado al frente de ella, la convencía bien pronto de la realidad. Pobre, como antes del matrimonio de su hijo, regresaba á vivir en su castillo de la Rochelandier con el apéndice del ex-fabricante por contera. El menos triste y el menos consternado de los cuatro era M. Levrault. Ya se ve; habia atravesado en aquellos últimos tiempos tan azarosos dias, que solo aspiraba al reposo: el ex-fabricante no queria ser ingrato con el destino, y se contemplaba feliz con que hubieran

sido solos sus escudos los que se fueron con la honra del diablo. La pérdida de su fortuna, por otra parte, le habia libertado de Timoleon y del compromiso de ir á Berlin á desgarrar los tratados de 1815.

La víspera de su marcha habia escrito al ministro de Negocios extranjeros participándole que renunciaba á mision tan gloriosa. La oscuridad y la pobreza parecíanle ya un puerto de salvacion, y merced á ellas, ni temia el saqueo, el incendio y el asesinato, ni le helaba de terror la suerte de los enviados franceses en Rastadt. Su pensamiento, por último, se fijaba en el chasco de la marquesa, y bajo este aspecto se regocijaba de su propia ruina.

Al observar el ademan adusto y el avinagrado gesto de la madre de Gaston, reíase el ex-mercader en sus barbas, y se frotaba las manos, como si se hubiese arruinado adrede y solo por vengarse de las decepciones que habia experimentado. La satisfaccion de haber salvado el pellejo, el movimiento del carruaje que la conducia lejos del foco de las revoluciones, la perspectiva de una vida tranquila y la figura de madame de la Rochelandier, habian comunicado á M. Levrault cierto no sé qué de picante y de picaresco que nunca se habia notado hasta entonces en su persona. El diablo del hombre jamás habia estado de tan buen humor. Al llegar á Nantes espresóse en unos términos

tan extraños, que acabaron de exasperar á la madre de Gaston.

—Al fin, amiga mia, decia á la marquesa imitando el acento cariñoso que empleaba ésta en el umbroso parque de la Trelade, ya tocamos al término de nuestros padecimientos. De aquí á algunas horas descubriremos los torreones del castillo Levrault, donde nos aguarda la felicidad. Al presente, amiga mia, conozco de un modo perfecto las inclinaciones de V.; y veo que ni ama ni ha amado nunca el bullicio del mundo. Ha buscado V. siempre la soledad y el silencio, así como otros buscan el esplendor y el ruido. Ya sé cuánta abnegacion y sacrificios necesitó V. hacer para renunciar á sus hábitos sedentarios, y puede estar segura de que en toda mi vida olvidaré prueba de afecto semejante. Dóime, pues, el parabien por el desastre que acabo de sufrir, y bendigo mi ruina, puesto que, merced á ella, logro devolverla á V. á su valle solitario y á todos los dulces goces para los cuales habia nacido, segun sus mismas palabras. ¡Qué existencia tan feliz vamos á pasar, amiga mia, en el lindísimo castillo que yo debo á su generosidad! Cierto que en él no hallará V. la hospitalidad espléndida que me ha ofrecido y he disfrutado en la casa la Rochelandier; pero ¿qué son los goces de la fortuna, comparados con los goces del corazon? Con razon se dice que ni el oro ni

las grandezas nos hacen dichosos. La verdadera felicidad consiste en la union de las almas, y la verdadera riqueza en la modestia de los deseos. Siendo, pues, esto así, ¿quién puede considerarse de tejas abajo más rico y más feliz que nosotros?

La marquesa tascaba el freno y solo respondia á los discursos del ex-fabricante con miradas de pantera pronta á lanzarse sobre su presa.

Al caer la noche, llegaron los cuatro viajeros en un modesto carruaje que tomaron en Nantes, al patio del castillo Levrault. La marquesa subió rápidamente la escalera y se dirigió á su aposento sin cuidarse de sus huéspedes, porque sentia una gran necesidad de exhalar libremente su cólera. La vista de M. Levrault le era odiosa, y á duras penas encontraban gracia ante sus ojos las bellezas y la juventud de Laura. Gaston comprendia de muy distinta manera los deberes que le imponia la ruina de su suegro y se ocupó en la instalacion de su mujer con toda la galantería que le caracterizaba. Monsieur Levrault, por su parte, se consideraba en su casa, y mandaba por ende en el castillo como señor absoluto, yendo y viniendo de un lado á otro, riñendo á los criados, dando órdenes para las comidas, y dando tales voces que llegaban hasta el aposento de la marquesa de la Rochelandier.

—¿No le oyes? exclamaba la marquesa dirigiéndose á Gaston, que acababa de entrar en su estan-

cia; el muy camueso toma este castillo por un meson. ¡Qué vergüenza! ¿Sufrirás, hijo mio, que ese ganapan tome asiento á nuestro lado? ¿No hallarás un medio para que nos desembaracemos de él? Solo hacia ya falta para colmo de nuestras desdichas que viniera el tunante de Timoleon. ¡Oh! ¡Cuánto aborrezco al tal M. Levrault! ¡Maldita sea la hora en que su hija atravesó el dintel de nuestro castillo! Si ese hombre prosigue aquí, te prevengo que voy á partir para Frohsdorf.

—V. es quien lo ha querido, madre mia, respondió Gaston. M. Levrault no hace más que usar del derecho que V. misma le ha concedido. Si toma nuestro castillo por su propia casa, es porque tambien V. se posesionó de la casa Levrault, como si fuera nuestro propio castillo. Por lo demás, si alguno se olvidase de las consideraciones que á usted son debidas, yo sabré imponerle respeto; pero entiendo al propio tiempo que debe tratarse aquí con la misma deferencia á la mujer que lleva mi nombre.

La marquesa bajó los ojos y no halló nada que responder.

Los papeles se habian cambiado. M. Levrault tronaba en el castillo de La Rochelandier como la marquesa lo habia hecho en la casa de la calle de Varennes. La madre de Gaston procuró en vano hacerle callar en un principio, resistiendo á la vo-

luntad del ex-fabricante. Convencida luego de la inutilidad de este expediente, volvió á tomar su acento patético y su sonrisa afectuosa, á fin de ver si lograba que se alejase aquel maldito é incómodo huésped.

Cierta noche hallábanse ambos sentados á la chimenea. M. Levrault se habia estendido cómodamente en la mejor butaca; guardaba silencio, y de vez en cuando echaba una mirada burlona sobre madama de La Rochelandier, la cual procuraba reprimirse, á fin de estimularlo á que tomase el portante y á que volviese á emprender la vida activa.

—Temo, amigo mio, le decia con acento cariñoso, que le fastidie á V. nuestra vida solitaria. Hace algunos dias que lo observo á V. y que lo estoy estudiando, y veo con la mayor inquietud que enflaquece de una manera visible, y que sus brillantes facultades se van enervando en la inacción.

—La amistad de V., señora, se alarma sin motivo, respondió M. Levrault con extremada bondad: jamás me he encontrado mejor, ni comido con más apetito. Duermo bien, y cuando despierto por las mañanas saludo con alegría los rayos del sol que llegan hasta la cabecera de mi cama. El aire puro que respiro y el silencio y la paz que nos rodean me va remozando; á veces hasta se me figura que apenas tengo veinte años de edad.

—Pues yo le aseguro á V., amigo mio, que no me alarmo sin razon, porque cada dia está V. más pálido y más flaco. La vida de los campos; por otra parte, no puede conformarse tampoco al carácter ni á los hábitos de su persona. Una inteligencia como la de V., habituada al movimiento de los grandes negocios, no debe hallarse bien en la soledad. Diga V., pues, lo que quiera, es imposible que se halle bien en este castillo, ni que sea en él feliz. Usted ha nacido para el movimiento, para la lucha: la inquietud misma es para usted una necesidad.

—Desengañese V., amiga mia, el movimiento y la lucha serán buenos para otro; en cuanto á mi, puedo decirle que me hallo aquí como el pez en el agua, y con tal de que lo porvenir se parezca á lo presente, me doy por satisfecho.

—¿Es posible, amigo mio, que ignore V. hasta tal punto lo que vale, y que desconozca tan extraordinariamente las verdaderas necesidades de su naturaleza? No dude V. que va desmejorándose visiblemente, y que el fastidio le consume sin que se aperciba de ello: ándese V., pues, con cuidado, porque pocos meses bastarán para minar su salud.

—Tranquílcese V., marquesa, la construccion de mi individuo es sólida si las hay; mi padre y mi madre vivieron hasta la edad de cien años, y yo abrigo la confianza de que he de seguir su

ejemplo. Un secreto presentimiento me dice, amiga mia, que hemos de envejecer juntos como Filemon y Baucis.

—Confieso que me inspira V. admiracion, y que me cuesta gran trabajo el comprenderle. ¡Qué ilusion tan extraña! Con todo, debo decir á V. que hay en mi familia un ejemplo muy triste de lo que á V. le sucede, y que me inspira grandes temores por su salud. Uno de mis hermanos, oficial de marina, renunció, siendo todavía jóven, al servicio activo; se empeñó en sepultarse entre estas mismas paredes, y al cabo de poco tiempo empezó á enflaquecer y á ponerse pálido en tales términos, que murió en mis brazos. Créame V., amigo mio, no se duerma con una loca seguridad. El espíritu de V. necesita un objeto, una ambicion; ¿por qué no ha de volver V. á emprender sus negocios? ¿por qué no ha de intentar nuevamente la reparacion de su fortuna? ¿No seria para V. en extremo glorioso volver á presentarse en la lid con el objeto de desafiar la injusticia de la suerte y de reconquistar por medio de su talento las riquezas de que sabe hacer tan noble uso?

—No he aguardado á que V. me lo aconsejara para pensar en ello, respondió M. Levrault, moviendo de un lado á otro la cabeza.

—¡Pues bien! ¿qué es lo que le detiene á V. entonces? exclamó la marquesa con aire de triunfo,

creyendo que su hombre iba cayendo ya en el garlito. ¿La fatalidad de los tiempos por ventura? ¡Bah! el enriquecerse en circunstancias normales y en épocas de prosperidad, quédase tan solo para los talentos mezquinos: luchar contra la desconfianza del público, y atraer hácia sí el oro que se escurre, ciertamente que es una empresa harto difícil, pero digna por lo mismo de una capacidad tan elevada como la de V.

—No digo que empresa tan árdua no sea bastante para tentar á un hombre de mi calibre; pero desgraciadamente debo renunciar á ella.

—¿Por qué?

—Porque, aun cuando no soy más que un pobre demcnio que se enriqueció una vez vendiendo paños vara á vara en la calle de los Bourdonnais, comprendo todos los deberes que me impone mi alianza con una familia tan respetable y tan noble como la de los La Rochelandier. La República habrá podido abolir los títulos; pero el nombre de usted y el de mi yerno me impiden volver á los negocios. Cuando uno ha alcanzado la distinguida honra de relacionarse y medirse con una raza tan privilegiada, no debe abusar de su posición. ¿Qué dirían los abuelos de Gaston y todas esas figuras venerables que nos están contemplando, y que nos escuchan, si el suegro de un La Rochelandier se mezclase en asuntos de comercio ó de industria?

Yo no tengo blasones, es verdad; mas no por eso debo de cuidar ménos del esplendor de los de usted.

—Esos escrúpulos, amigo mio, le honran en extremo; mas se me figura que los lleva V. demasiado lejos. Estoy segura de que Gaston, á pesar del respeto profundo que profesa á sus antepasados, le vería á V. sin pena y sin enojo comenzar de nuevo el edificio de su fortuna, y yo misma tampoco lo llevaría á mal.

—Comprendo bien, amiga mia, cuánta magnanimidad hay en esa indulgencia; pero ni quiero ni debo abusar de ella. Yo profeso y profesaré siempre el respeto de los vencidos: el título que V. lleva es tanto más sagrado á mis ojos, cuanto que la revolucion lo ha despojado de él.

—¡Pues bien! dijo la marquesa, la cual no renunciaba aun á sus esperanzas; si V. no quiere rehacer su fortuna ante nuestros ojos, si teme que nuestro nombre se mezcle con sus especulaciones, ¿no puede V. pasar los mares é irse á América? Con el talento y actividad que V. tiene, pocos años le bastarán para encontrar lo que ha perdido, y al cabo de ellos podrá regresar entre nosotros á disfrutar del producto de su genio.

—¡La América! Ya he pensado en ello algunas veces, porque allí es en efecto donde pueden repararse los desastres en pocos años. Precisamente

hay un ejemplo en mi familia que no se me olvidará tan así como quiera. Uno de mis tíos, droguero en la calle de los Lombardos, marchó arruinado á América, y al cabo de poco tiempo volvió con un inmenso capital.

—¡Y vacila V. despues de un ejemplo tan brillante! exclamó la marquesa. Vamos, amigo mio, ¿qué aguarda V.? Por reducido y modesto que haya quedado nuestro patrimonio, si es preciso, para proporcionarle algun cargamento, vender unos pedazos de tierra, no retrocederemos ante ningun sacrificio.

—¡Qué bien reconozco en ese rasgo, generosa amiga mia, su gran corazon!; asegúrola á V. que sabré mostrarme digno de amistad tan franca.

—¿Con que es decir que ya ha adoptado V. su proyecto?

—De una manera irrevocable.

—¿Y cuándo piensa V. ponerse en marcha?

—Repito que me mostraré digno de la amistad de V. y que no me separaré jamás de su lado. ¿Ha podido V. creer ni por un momento que renunciase yo á las delicias de su intimidad por ir á buscar unos cuantos miserables escudos al otro lado del Océano? No me crea V., amiga mia, tan apasionado por las riquezas, y aprenda á conocerme. Nada vale tanto para mí como la felicidad de verla á V. y de escucharla.

La marquesa ahogó á duras penas una explosion de rabia, porque conocia que el hombre de quien se habia burlado largo tiempo empezaba á tomar su desquite. Debemos hacer, sin embargo, la justicia á M. Levrault, de que si bien saboreaba con fruicion su venganza contra la marquesa, habia no obstante en sus palabras gran parte de sinceridad, puesto que, despues de tantas tempestades, se encontraba muy á gusto con la calma bonancible del castillo Levrault. Semejante al náufrago que llega á tocar la playa, bendecia á la Providencia que le habia salvado, y ya no lamentaba la pérdida de sus tesoros sepultados en las ondas. Su mision en Berlin, tan imprudentemente aceptada, le habia curado para siempre de su ambicion, y sobre todo de la ambicion diplomática. Si alguna vez echaba una mirada pesarosa sobre su casaca bordada, bastábale para disipar su tristeza tender los ojos hácia la cota de malla de Francisco I, la cual tenia suspendida á los piés de su cama. Hábiale proporcionado la opulencia tantos disgustos y sinsabores tantos, que se resignaba sin grandes esfuerzos á la medianía. Los restos del dote de Laura, unidos á los del dominio de La Rochelandier, permitian á aquella reducida colonia vivir con algun desahogo, y M. Levrault no pedia más. La desgracia habia desarrollado en él un buen sentido completamente imprevisto. Lejos del es-

trépito de los motines, desembarazado de Timeon, á quien esperaba no volver á ver tan pronto, felicitábase cada día más de la seguridad profunda de que gozaba. Aquel valle pacífico le parecía un asilo impenetrable, al cual no podía llegar nunca el viento de las revoluciones. Todo era paz y tranquilidad en torno suyo. Las locas esperanzas de la marquesa tardaron bien poco á verse frustradas. Gaston, por su parte, lejos de participar de la ceguedad de Mme. de La Rochelandier, se habia dedicado á pacificar los espíritus, porque conocia que el papel de la Vendée habia terminado ante la Francia entera, llamada á deliberar acerca de su propio destino. M. Levrault, empero, no habia agotado aún la copa de sus tribulaciones.

Después de una tregua de algunos días, la marquesa volvió á tomar el tono agresivo y la actitud provocadora. M. Levrault, que, lejos del peligro, no tenia ya razón alguna para ostentar principios republicanos, hacia alarde de ellos y los defendía con tenacidad tan solo por sofocar á la marquesa. Entre aquellos dos amigos la cosa más insignificante se convertía en objeto de una acalorada disputa; detestábanse mutuamente, y sin embargo no podían vivir el uno sin el otro. Ayudándose recíprocamente á matar el tiempo, este mortal enemigo de las gentes desocupadas, cada uno de ellos encontraba en el despecho de su interlocutor un ma-

nantial inagotable de regocijo. La marquesa maldecía la república, y M. Levrault hablaba de borrar el escudo de armas de la familia, procuraba abrumar con toda su ironía á aquellos últimos vástagos del feudalismo, y preguntaba si no era ya tiempo de convertir en palomar un torreón aspillerado cuya defensa heroica se hallaba consignada en el archivo de los La Rochelandier. Estas disputas sin cuento, á las cuales permanecían extraños Laura y Gaston, se prolongaban frecuentemente hasta bien entrada la noche. Una tarde, en que por la centésima vez estaban engrescados con la eterna cuestión de los blasones y las almenas, callaron ambos repentinamente al ruido de un coche que entraba en el patio, y se miraron uno á otro, no sin gran sorpresa. De allí á poco, abrióse violentamente la puerta y entró en la estancia maese Jolibois, ceñido con su correspondiente faja tricolor, y seguido de un sargento de gendarmes. La marquesa y M. Levrault permanecieron clavados en sus sillones.

—¡Perfectamente! exclamó Jolibois cruzando los brazos sobre el pecho; ¡no me habia yo engañado en mis conjeturas! Está visto que el castillo de La Rochelandier es un semillero de aristócratas, un nido de facciosos, un foco de reacción. ¡Hé aquí de qué manera se reconoce y agradece la clemencia y la mansedumbre del pueblo! Mas si la repú-

blica es paciente, no aconsejaré yo á nadie que abuse de ella, porque..... pero esto no viene ahora al caso. Lo que al presente importa es que ustedes conspiran, y que yo estoy seguro de ello; escusan Vds. disculparse, porque es tiempo perdido; mis gentes me han dado cuenta de todo lo que aquí se hace.

M. Levrault, cuya conciencia estaba tranquila, echó sobre la marquesa una mirada de inteligencia, como quien dice: Con V. es con quien reza todo eso. Nuestro hombre abría ya la boca para justificarse, cuando se le anticipó la marquesa diciéndole:

—¡Qué tal! ¿tenia yo razon en anunciarle á usted lo que hoy está sucediendo? Su intemperancia en el lenguaje, su afan por murmurar del mundo entero y por burlarse de todo no podian ménos de tener este resultado. En soltando la lengua, amigo mio, habla V., y habla, y habla..... ¡Vamos, bien le decia yo á V. que sus ataques contra la república no quedarian impunes, y que su viperina lengua nos habia de acarrear hoy ó mañana algun disgusto! Mis predicciones se hallan cumplidas. Lo que hoy le sucede le está bien empleado; por mi parte, me lavo las manos en el asunto, y salga V. como pueda del atolladero.

Aturdido M. Levrault con estas palabras, no sabia qué responder, quedándose mudo de sorpresa, de indignacion, de espanto y de cólera.

—¡Cómo! ¿Conque es V., exclamó Jolibois, el que denigra á la república? ¿Conque es V., pigmeo miserable, el que conspira contra ella y trata de derribarla?

—¡Yo! exclamó al fin el ex-fabricante, más encarnado que la cresta de un gallo; si alguien ha pretendido en esta casa denigrar á la república, no he sido yo, seguramente, sino esta señora que.....

—¡No hay tal, no hay tal! exclamó vivamente la marquesa; quien se ha permitido ofensas semejantes ha sido V., que ha tratado de vengarse del miedo que le infundiera la proclamacion de la república con miserables y ridículos sarcasmos.

—¡Cómo! señora, ¿se atreve V. á acusarme? replicó M. Levrault fuera de sí; ¿osa V. por ventura atribuirme sus rencores y sus ódios? Felizmente son bien conocidas mis opiniones, y las de usted tampoco son desconocidas para nadie. Yo he sido toda mi vida partidario acérrimo de la república, y V. la ha detestado.

—Convengo en que no he sido nunca partidaria de ella, replicó la marquesa; pero la he aceptado con resignacion, inclinándome ante la voluntad de la Francia. La elevada inteligencia del señor comisario general, secundada por su noble corazon, comprenderá sin gran trabajo todas las consideraciones y respetos que yo debo á las tradicio-

nes de mi familia. Repito, pues, que no he gustado nunca de la república; esto, no obstante, la veno, lejos de mofarme de ella como V., y puedo asegurar que no me inspira la más mínima aversion.

—¡Lo está V. oyendo, ciudadano Levrault! exclamó Jolibois con tono severo; y no es la acusacion de un agente la que le condena, sino la de uno de los individuos más respetables de su familia, la de la madre de su yerno. De consiguiente, á pesar de la tierna amistad que nos une, ya no me es posible diferir por más tiempo el cumplimiento de mi deber: véngase V. conmigo.

—¡Con V.! ¿Y á dónde quiere conducirme? preguntó M. Levrault, sosteniéndose en pié á duras penas.

—A la cárcel, contestó Jolibois.

—¡A la cárcel! repitió el ex-mercader, pálido de espanto.

Y habiendo hecho un ademan de huir, el sargento de gendarmes le aplicó su pesada mano sobre el hombro, y una sonrisa imperceptible plegó los labios de la rencorosa marquesa. Maese Jolibois dió la señal para la marcha, y se llevó con sigilo al infortunado Levrault, el cual tomó asiento á su lado en la testera del coche. Despues de recrearse algun tiempo con el terror de su preso, Jolibois rompió al fin el silencio, diciendo á su víctima:

—¿Por qué tiembla V., amigo mio? ¡Qué diablo! Un hombre no debe abatirse nunca hasta ese extremo. Además de que, si bien se mira, aun cuando la falta de V. es enorme, y aun cuando irremisiblemente será juzgado, la República es clemente y la pena de muerte por delitos políticos se halla abolida. Lo peor que podrá sucederle será el ser condenado á la deportacion.

—¡A la deportacion! balbuceó el ex-fabricante; pero señor, si soy inocente; si no hay ni una palabra de verdad en todas esas inculpaciones abominables de la marquesa!.... Ya me conoce usted, mi buen Jolibois.

—¡Ay, amigo mio! Por eso mismo doy un gran peso á la acusacion de la marquesa. ¡Cómo se entiende! Despues que yo mismo lo presenté al subsecretario de Estado, despues que, constituyéndome en abogado y patrono de V., logré á fuerza de trabajos que le confirieran una mision honrosa, una embajada sin precedentes, va V. á dimitir con la mayor cobardia! ¡V., amigo mio, cuyo valor habia yo comparado con el de los leones! Vamos, vamos, calcule V. si despues de todo esto puedo yo dar fé á sus palabras! Si V. ama sinceramente á la República, ¿por qué no ha tratado de servirla?

—¡Ah! mi querido Jolibois; séame Dios testigo de que hubiera ido con gozo, con orgullo, á Berlin á pedir la cabeza de Carlo Magno; pero en el mo-

mento mismo en que iba á ponerme en marcha supe mi ruina, y conociendo que ya no era posible representar dignamente á la Francia, creí que debía renunciar la mision que habia aceptado.

—¡Qué importan á un verdadero patriota la pobreza ó la riqueza cuando se trata de servir al país! La república no tiene necesidad de servidores engalanados con casacas cuyas costuras estén bordadas de oro, así en lo interior como en lo exterior; sólo exige de sus agentes abnegacion é intrepidez. Aquí me tiene V. á mí, que soy dueño de la Bretaña entera, que mando en la provincia como un verdadero dictador, y sin embargo, á no ser por mi faja de tres colores, se me confundiria con un cualquiera, con un Perico de los palotes.

—Puedo asegurar á V. que, á pesar de mi pobreza, aun me hubiera decidido á partir, si hubiese estado solo; érame preciso, no obstante, velar sobre el porvenir de mi hija y recoger los restos de su dote.

—¡Miserable subterfugio! exclamó Jolibois: la familia no vale nada ante la pátria. ¿Sabe V. lo que su pusilanimidad cuesta á la Francia? La ocasion que ha desperdiciado V. ya no volverá á presentarse nunca. A pesar de todas mis exhortaciones y advertencias no supo V. contener su lengua, y el secreto de su mision llegó hasta Berlin, hasta Viena y hasta San Petersburgo. La Rusia, el Aus-

tria y la Prusia están alertas: ¡quién sabe si nos veremos obligados á renunciar á nuestra frontera del Rin y á tolerar todavía por largo tiempo los tratados de 1815! ¿Y á quién deberemos semejante humillacion? ¡A V., ciudadano Levrault, á V. solo!

—Si el secreto de mi mision llegó á traslucirse, no es á mí á quien puede acusarse de indiscrecion, puesto que no lo he revelado á nadie. A todas las preguntas de mi yerno y de mi hija sobre mi cota de malla, me he mostrado sordo é impenetrable; nada tengo, pues, que echarme en cara.

—¡Nada! Pues qué, ¿no tienen significacion sus murmuraciones temerarias é injuriosas contra la democracia, sus conciliábulos liberticidas y sus manejos subterráneos en el país?

—¡Ay! mi querido Jolibois; esa condenada marquesa me calumnia indignamente, y V. quiere condenarme á la deportacion por una falta que no he cometido.

—Precisamente, amigo mio; la deportacion es la pena de que está V. amenazado. El tribunal le juzgará despues de haber oido á su defensor, y debo manifestar á V. que necesitará de un buen abogado. Vea V. lo que tiene el juntarse con malas compañías. Se empeñó V. en enmarquesarse hasta las orejas, y hoy paga ese gustazo á buen precio.

En aquel instante cruzó un relámpago por el fir-

mamento, estalló el trueno, y una fuerte tempestad de granizo, mezclada con una copiosa lluvia, cayó sobre la llanura y azotó los cristales del carruaje. El comisario y el ex-mercader guardaron silencio; maese Jolibois se quedó abismado en una profunda meditacion. M. Levrault le contemplaba con ojos inquietos, y como si hubiese querido leer su destino sobre la frente del dictador. La tempestad arreciaba por momentos. Los caballos caminaban á duras penas por los fangosos baches del camino. Por la frente de Estéban Jolibois cruzó entonces un rayo de clemencia, y rompiendo al fin el silencio, dijo á su víctima, como si obrara impelido por una súbita inspiracion:

—A pesar de todas sus faltas y de la mayúscula cobardía que V. ha manifestado, confieso, mi caro M. Levrault, que no puedo prescindir de nuestro antiguo afecto: de consiguiente, y atendiendo á que si llega V. á comparecer ante la justicia, ya no me será dable hacer nada en obsequio suyo, puesto que los magistrados se empeñarán en aplicarle la ley, solo me ocurre un medio para salvarle.....

—¿Cuál? preguntó M. Levrault con ansiedad.

—El devolverle la libertad ahora mismo; márchese V. pronto, amigo mio, y cuidado con volver á pecar.

Y al acabar estas palabras, Jolibois abrió la por-

tezuela del coche y M. Levrault saltó en tierra sin aguardar nuevas explicaciones, y sin detenerse á dar las gracias á su libertador. Acto continuo púsose en camino hácia La Rochelandier, y al cabo de hora y media llegó calado hasta los huesos al castillo, á cuya puerta empezó á llamar con recios golpes. Adivine el lector cómo se quedaria la marquesa al ver regresar tan pronto al huésped maldito de quien se creia libre por largo tiempo.